Bajo el nogal azul

Yolanda Martos

Bajo el nogal azul

Yolanda Martos

avant
editorial
www.avanteditorial.com

Primera edición, febrero de 2021
© Yolanda Martos, 2021
Portada:
© Nerea Díaz Martos,2021

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Impreso en la Unión Europea

Este libro ha sido impreso siguiendo las normativas:
UNE — EN — ISO — 14001 de gestión ambiental
UNE — EN — ISO — 9001 de gestión de calidad

ISBN: 978-84-18460-52-4
IBIC: FM

Imprime Podiprint

avant
editorial
www.avanteditorial.com

A Nerea Díaz Martos y Gabriel Pozuelo

Sin vosotros,
No hubiera encontrado
Mi trébol de cuatro hojas

AGRADECIMIENTOS

Cuando comencé esta andadura, nunca creí que terminaría agradeciendo en estas líneas todo el apoyo recibido, comenzando por las dos primeras personas que me empujaron a dejar fluir lo que llevo guardado en mi interior, Nerea (mi hija) por aprender de ti, más que tú de mi. A Gabriel (mi psicólogo y amigo) por hacer que salga mi "leona" y esa mujer segura y valiente, que asegurabas guardaba en mi interior. Junto con ellos no puedo olvidarme de Luis Miguel (mi marido) y Samuel (mi hijo) por las muchas horas, los muchos días y los muchos meses que dedicaron a refortalecerme cuando más los necesitaba, por sus besos, por sus abrazos y sus ánimos en mis momentos más duros. A Juan Manuel (mi padre) y a Petra (mi madre) por estar siempre ahí, por confiar en mi, y enseñarme mil veces que aunque tropiece siempre terminaré levantándome. A Toto (mi perro), quien siempre fiel ha inspirado uno de los personajes más entrañables de esta novela, y me ha enseñado que la mayoría de las veces los animales son más agradecidos que las personas. A Juan Carlos (mi hermano), porque con su ejemplo de fortaleza e impetú me ayuda a comprender que siempre puedo contar con él. A Lourdes (mi cuñada) la hermana que siempre tuve a mi lado, mi lectora cero, la más fiel y entregada, el entusiasmo que demuestra al leer mis escritos me hacen crecer cada día más. A mis dos sobrinos Merce y Álvaro, sangre de mi sangre y mi debilidad. Y a alguien no menos importante que desde donde se encuentre siempre me transmite su fortaleza: Mí querida abuela Rosalía.

No puedo olvidarme de todos aquellos que cada día con sus palabras de ánimo han llenado mi alma de inmensa dicha: Rosa, Manolo, Alejandro, María, Fernan por ser más que amigos siempre familia. Bea (Guillén) por apoyar la literatura con tanto entusiamo e ilusión. Bea (Enredos) por ser tan crítica y mostrar tanto entusiasmo por mis escritos. María José, por tenerte siempre de nuestro lado, tan agradecida mostrando con gran cariño tu apoyo. Pili (Charlotte) por hacerme recuperar algo de mi infancia, y sobre todo por esos sándwiches mixtos que tanto me gustan.

Y gracias a todos aquellos que con sus prejuicios, orgullo y despotismo me hicieron sentir que no valía nada, sin embargo he conseguido esto. Todo pasa por algo en esta vida, y quizá un tropiezo no sea el final del camino, sino un nuevo comienzo…

PRÓLOGO

Érase una vez, en un reino muy lejano, una pequeña colina en la que creció un árbol.

No era un árbol cualquiera, ¡ni mucho menos! Pues sus hojas teñidas de azul eran la envidia de toda planta. Quizás por eso estuviera solo.

Crecía, tan robusto y fuerte, al mismo tiempo que cálido y maternal, dejando caer sobre aquella loma pequeñas cenizas de un brillante tono lapislázuli. Silenciosas y apacibles hojas que no perdían ni brillo ni color incluso cuando se superponían entre la hierba que rodeaba el frondoso nogal. Grandes raíces a sus pies se arrodillaban y en sus brazos acunaban a quien se ofreciera a dormir bajo su sombra. Y un espíritu dormía en su corteza, rebelde y juguetón, observando el hermoso mundo que lo rodeaba.

Pero para la gente no era más que un árbol. Porque, eso era, ¿no es así? Un curioso árbol de hojas azules…

Un árbol que respiraba de la vida.

Un árbol que cantaba sobre amores que se enredaron con sus ramas.

Un árbol que, cuando nadie miraba, dejaba que su magia se extendiera por todos los rincones de aquel mundo.

Luciérnagas revoloteaban a su alrededor y, al verlo de lejos, resplandeciente en mitad de la noche, una voz se alzaba al viento en un suspiro que decía: «Estoy en casa».

Allí se alzaba, luna tras luna, como si por él no pasase el tiempo.

Y su copa se agitaba con el llanto que se escapaba por las ventanas de aquella pequeña cabaña. La luz entraba y acariciaba aquel tierno rostro rosado y besaba sus mejillas, convirtiendo el llanto en alegría.

Porque aquel árbol era mucho más que un árbol, era la vida que se drenaba y alimentaba la tierra, era el nido de las aves que buscaban un hogar así como el de las almas vagabundas que dormían a la intemperie.

Aquel nogal azul era magia en sí mismo y en su interior guardaba un secreto que pocos llegaron a conocer…

Nerea Díaz Martos

CAPITULO 1
EL NACIMIENTO DE LAS FLORES DE SOL

Ecromia, luna candente

La brillante luz del primer alba de luna candente, se colaba tras los frondosos árboles que rodeaban la pequeña pero hogareña casa de Aja. Era hora de levantarse. La luna todavía no se había escondido y dejaba su rastro en el agua del río, que brillaba tras los cristales en las oscuras vigas del techo, haciendo sombras con las que Aja se entretuvo adivinando. Un ciervo... un colibrí... una ardilla... Dejó volar la imaginación y miró aquellas figuras durante un largo rato jugando con sus formas.

El calendario de Shamidia se regía por cuatro lunas; luna candente con su tono rojizo, que anunciaba abundante calor y días más largos. Luna vetusta de color anaranjado; con días más cortos, templados que advertían la llegada del frío. Luna escarcha color blanco azulado; que, como su propio nombre indica, marcaba la época del riguroso frío. Y por último una de las lunas más amables, luna templanza con tono blanco esmeralda; el frío daba paso a una temperatura más agradable anunciando el calor y caracterizando la estación por el renacer de flores y plantas, que en luna vetusta y luna escarcha marchitaban y morían.

Era hora de desperezarse y prepararse para el nuevo día que comenzaba. Se armó de valor, pues estando recién entrada luna candente, a esas horas tempranas en su pequeña casa en el margen sur del bosque, el frescor se colaba tras los finos ropajes de dormir que llevaba puestos. La piel se le erizaba al sentir el frío. Y sólo sentía ánimos de volverse a meter entre las mantas que la protegían cada noche.

Por la luz que se colaba entre las ventanas, Aja pudo interpretar que serían las seis y media, así que no podía hacerse más la remolona. Debía comenzar la jornada. Más pronto que tarde saldría el sol. Y debía adentrarse en el bosque para comenzar la faena. Partió por fin cargada de su zurrón, con algún tentempié que poder echarse al buche, para conducirse hasta ese paraje, esa porción de terreno, donde brotaban las preciadas y poco comunes «Flores de Sol».

Desde muy pequeña había sido bien instruida en el arte de la herbología. Su madre había sido una de las mejores curanderas que se pudieron hallar por todo el continente, y su fama la precedía. Aja conocía cada rincón del bosque, como la palma de su mano, donde encontrar los mejores ingredientes para jarabes, tisanas, ungüentos y diversos brebajes que ayudaban a la gente a tener una vida mejor. No había planta, flor, hierba, semilla que se la resistiera. Dónde poder hallarlas, cómo prepararlas, cuándo y a quién administrárselas, pues su madre le transmitió todo su conocimiento y sabiduría sobre la materia, cualquiera podría pensar que era un don, pero no lo era, tan sólo horas de intenso aprendizaje.

Se sentó Aja en el banco. Aquel asiento de madera raído por el paso del tiempo. Aquel asiento que su padre fabricó con tanto cariño para su madre y para ella. Aquel asiento donde Aja recordaba con anhelo su dulce infancia. Con su padre. Con su madre. Sentados bajo la sombra del nogal azul, aquel inmenso árbol que protegía su hogar y se alzaba majestuoso en aquella colina. Sentados contemplando la belleza del paisaje. Observando las grandes extensiones de terreno sembrados

con todo tipo de cultivos. Remolacha, arroz, maíz, cebada. Y diversas siembras frutales; perales, manzanos…

Las tierras eran ricas y fértiles, regadas por el río Arhimas uno de los más caudalosos del continente, nacía en las montañas vigías y desembocaba en el reino de Arsyfas. Observando, como envés de la gran muralla, se alzaba coqueta la ciudad, protegida por dos torreones y un gran portón que hacían de puerta principal, y custodiada desde lo más alto, por el majestuoso y distinguido castillo. Ecromia era uno de los reinos más hermosos, prósperos y pacíficos que existían. Era uno de los cinco reinos en los que se dividía el continente de Shamidia, no tenía costa pero disfrutaba de un clima mucho más variable, se encontraba en la región interior, en un valle rodeado por inmensas montañas y bosques frondosos.

Partió Aja al fin, en busca de aquellas flores de sol, propias de la linde de las gigantescas montañas que separaban Ecromia, de la región de Mijord. Las llamaban montañas vigías. Rodeaban el reino de manera tan peculiar que parecían el abrazo de un enorme gigante, protegiendo a sus hijos. Alcanzó Aja la bifurcación desde la vía del sur, que atravesaba todo el frondoso Bosque de Gallander, llegando al sendero que conducía a la falda de la montaña, donde una cortina de agua daba paso a una encumbrada y fragorosa cascada. Allí emergían las flores de sol, aquellas cuyas propiedades eran las mejores para calmar los aquejamientos producidos por músculos, articulaciones y huesos. Era uno de los bebedizos más requeridos por los ancianos de la comarca, pues era común padecer de esos síntomas a determinadas edades. Necesitaba recolectar una gran cuantía a lo largo de luna candente, pues eran muy demandadas y sólo florecían cuando el calor del sol combinado con el rocío de la cascada hacía propicia su germinación.

Aquella mañana pudo comprobar que las primeras ya habían emergido, sus pétalos formaban perfectos corazones blancos ribeteados con un fino hilo de oro, no es que fuera oro en sí mismo, pero brillaba tanto como el preciado metal.

Después de cortar con mimo algunas de las flores más crecidas, posó sus nalgas sobre la fresca hierba que verdeaba en la ribera del río. Se despojó de sus vestiduras. Alojó sus pequeños pies dentro del agua. Se lanzó, sin cavilarlo mucho. Y nadó en un pequeño meandro, donde las calmadas aguas pedían a gritos ser invadidas por su cuerpo. No había mayor placer que dejarse llevar por el vaivén del agua acariciando cada poro de su piel. Sus enaguas empapadas dejaban ver al trasluz las partes desnudas de su cuerpo. Pero Aja nadaba tranquila sin importarle, ni lo más mínimo, aquel efímero detalle.

Tras los matorrales… una mirada curiosa la velaba. Aja no se percató nunca de aquella silueta que observaba cada parte de su cuerpo. Jamás sospechó que hubiera ningún ser a esas horas tempranas de la mañana por aquellos lares. Pero lo había. Sí que lo había. Y la miraba en ese momento desde su escondite, adoraba su figura; pequeña pero bien moldeada, no estaba entrada en carnes, pero tampoco se notaba su osamenta. Sus cabellos azafranados, ondulados como olas surcando su estilizado cuello. Su rostro era fino, de delicadas facciones y perlada piel. Y aquella mirada almendrada que le hacían perder la cabeza… Cada parte de su ser era idolatrado por él. Pero nunca hizo notar su presencia, nunca se reveló ante sus ojos, no podía permitir que ella le descubriera, pues para él, Aja era un ser especial, la perfección personificada. Y él… él no era digno de su atención.

Desapareció aquella mirada, y su dueño, de la misma manera que se había manifestado. Sin hacer ruido, sigiloso y sin dar muestras de su presencia. Jamás osaría a mostrarse ante ella. Jamás tendría el valor de evidenciar lo que ciertamente profesaba por ella. Jamás podría declararle su amor. Su más verdadero sentimiento. Ella… su adorada. Su amor en la sombra. Él era tan poco… y ella era tanto, que jamás podría imaginar que revelando el sufrimiento de su corazón, lograría alcanzarla. De este modo lo dispuso, tiempo atrás. Sólo estaría ahí, en la sombra. Sólo la amaría de lejos. Sólo seguiría cubierto entre los matorrales, o entre la

multitud, entre los murmullos, las risas, o la belleza de su rostro. Oculto ante ella y su alma.

Aja, se despabiló después de aquel fresco baño, y de tenderse un momento al sol, para dejar que sus mojadas enaguas secaran. Se colocó sus ropajes, y metió mano en su zurrón para extraer una jugosa y verde manzana. Había concluido con sus quehaceres allí, así que era hora de emprender el camino de regreso, o las flores de sol marchitarían, y se echarían a perder. De esta manera abordó el sendero en dirección a la vía del sur. Era agradable percibir la brisa entre los árboles, que secaba al tiempo su radiante y mojada melena. Percibir las fragancias que el bosque la ofrecía. Oír las dulces melodías que los pájaros entonaban. Observar cómo otros animalillos del bosque, asomaban sus pescuezos, y se paraban a contemplarla. Como si quisieran saludarla a su paso. Como si la acompañaran hasta su destino.

Llegó a la vía del sur ya podía divisar su hogar, y el puente que conducía a la ciudad. Cuando alguien la asaltó en el camino, dándole un susto de muerte. Su corazón se aceleró y su respiración quedo entrecortada por un segundo. Siempre ocurría lo mismo. Nunca se lo esperaba. ¿No se cansaba de jugar? ¿Cuándo crecería? ¡El muy mendrugo…!

—¡Buenos días, fierecilla! —gritó estrepitosamente el asaltador.

—Tú no aprenderás en la vida Gethael que a las damas, no se las asalta de camino a casa. Un día me vas a matar del susto.

—¿Una dama? ¿Qué dama? —dijo burlón Gethael—. Yo no veo más que una chica con muy malhumor, y poca paciencia —expresó revoloteando a su alrededor como si de un juego se tratará—. ¿Cuándo aprenderá la dama que aquí, su elegantísimo, apuesto y valiente caballero, no puede evitarlo? —Puso sus manos en forma de rezo, y morritos de disculpa. Aja colocó en sus labios una sonrisa, pues aquel mendrugo, de dura cabeza, con su bendita locura, al final siempre conseguía hacerla reír. Le propinó un pescozón, a lo que Gethael, le respondió con un ataque fiero de cosquillas.

—¡Basta! ¡Basta! Está bien, lo has conseguido, te perdono —dijo Aja sin parar de reír—, pero que sepas que sigo pensando que siempre serás un mendrugo. —Los dos rieron y siguieron caminando hacia la casa de Aja.

Gethael había crecido con Aja desde que no levantaban un palmo del suelo, tenía cuatro lunas más que ella, por lo que se consideró desde siempre su protector. Perturbaban el sosiego del bosque con sus carreras, sus idas y venidas, sus clamorosas risotadas y sus juegos infantiles. No recordaba ni un sólo momento en el que Gethael no hubiera estado en su vida, habían compartido tanto risas como también tristezas.

Era alguien muy importante en su vida, siempre estuvo a su lado… aquel endiablado chiquillo, que ahora ya se había convertido en un apuesto muchacho, de setenta y dos lunas, de torso fuerte, pero a la vez delgaducho, paliducho y espigado. Su cabello castaño oscuro, revuelto en divertidos bucles revoltosos, y sus ojos color verde intenso, llenaban los sueños de más de una doncella de la ciudad. Sencillo, pero de gran corazón. Soñador y aventurero. Sus pesares tornaban siempre en su falta de intelecto. Pero sus pretensiones de futuro iban más allá, mucho más allá de ser un simple campesino y casarse con cualquier muchacha de la ciudad.

No obstante hasta el momento se debía resignar con ayudar a su achacoso padre en el campo, con las siembras, con los frutales, pues el hombre ya era anciano y precisaba de manos fuertes, que le quitaran las labores más pesadas y arduas que las tierras exigían.

Cuando entraron en casa de Aja, las risas se convirtieron en silencio, y en miradas asombradas. La casa estaba revuelta. Algún animalillo había entrado y había tirado de encima de la mesa, algunos de sus tarros, ya rellenos de sus pócimas, jarabes y ungüentos. Todo estaba esparcido por el suelo. El trabajo de varios días destruido, en apenas minutos, por aquella fierecilla, que le gustaba entrar a olisquear y desbarajustarlo todo, buscando sustento o algún manjar que poder echarse a la panza. No era la primera vez que se había encontrado esa escena.

—Condenado animal, cuando lo pille, se va a enterar, lo voy a despellejar vivo —dijo enfurecida.

Había puesto trampas. Había esperado escondida. Incluso había dejado un rastro para sorprenderle. Pero era demasiado listo y perspicaz, hacía de las suyas cuando menos lo esperaba.

Gethael la miró horrorizado.

—Vaya con la dama, cuando quieres dar miedo, pones los pelos de punta, ¿eh? —le dijo burlón.

—Estoy harta de ese animalejo, no puedo con él, ni siquiera sé de qué bicho se trata para poder darle caza y que reciba su merecido.

Su gesto parecía airado, pero realmente sentía preocupación, pues hoy la pérdida había sido considerable, debería volver al bosque para poder preparar más pócimas, su mercancía se había visto mermada, por la nueva aparición de aquel maldito bicho. Menos mal que la mayor parte de su mercadería la tenía a buen recaudo y cerrada con llave. Sólo había destrozado lo que tenía en elaboración, pero aquello la había llevado días y horas de trabajo que ahora se veían esparcidos por el pavimento.

—Aja, no te preocupes —dijo Gethael sacando su más dulce sonrisa, tratando de calmar a la muchacha que lo miraba enajenada—, un día cogeremos a ese diablillo y lo guisaremos con patatas… Y entonces te maldecirás…, te arrepentirás…, llorarás…, por haber sacrificado una criatura de Gea… —Aja calmó su gesto y soltó una resonante carcajada, cargada de ira sarcástica.

Pero realmente Gethael tenía razón, él la conocía mejor que nadie, y sabía que por muchas faenas, por mucho perjuicio que la acarrearan, jamás sería capaz de crear mal a ningún ser. Estaba en su naturaleza y en su noble corazón, y Gethael lo sabía mejor que nadie. A veces se impresionaba, de lo bien que la conocía el muchacho, y de cómo conseguía proporcionarle la calma que necesitaba, hasta en los peores momentos.

Los dos sonrieron y empezaron a adecentar todo el estropicio que el bichejo había ocasionado, pues no quedaba otra que apencar con lo ocurrido, y seguir adelante. Gethael se dio cuenta que debía regresar,

pues tenía que ayudar a su padre a recoger la cosecha de zanahorias, antes de que algún conejo o bichejo escurridizo diera fin de ellas. Así que terminó de recoger algunos de los frascos y se disculpó ante Aja, pues debía salir de inmediato.

—No te aflijas Gethael, sé que si pudieras te quedarías. Gracias por hacerme sonreír, como siempre. —Gethael le cogió la mano y rozándola hasta las yemas de sus dedos, salió de la casa a la carrera, para no llevarse un pescozón de su anciano padre.

Aja se dedicó casi toda la mañana a poner en orden el desbarajuste causado. Cuando terminó era ya mediodía, el sol estaba en lo más alto, y sus vacías tripas le recordaban que no había probado bocado desde que en la cascada había comido aquella manzana. Con todo el alboroto se había olvidado de todo, así que se preparó un pedazo de pan que tenía envuelto en un paño, cortó una pequeña porción de queso y se dispuso a sentarse a la mesa. Allí sentada mirando su pequeña pero acogedora casa, se sintió afortunada de poder disfrutar de un sitio como aquel, y pensó en el animalillo; seguro que ese diablillo sólo buscaba el cobijo de aquellas confortables paredes, y sólo buscaba alimento… Quizá era una madre buscando sustento para sus cachorros…

—¡Por Gea!

Entonces sonrió y recordó la ironía de Gethael, al mostrarle cual bondad atesoraba su persona.

La tarde se mostraba apacible, el sol despuntaba en lo alto del cielo celeste, ni una pequeña nube ocultaba su magnificencia. Agotada, pensó que un paseo por la orilla del río no la vendría nada mal. Descendió de la colina por la vía del sur, cruzó el puente que llevaba a la otra ribera del río. Se cruzó con otros caminantes que habían cavilado igual que ella, y paseaban tranquilos en aquella tarde de luna candente. Muchos de los ciudadanos aprovechaban sus horas de descanso para dar paseos o refrescar sus pies, en las tibias aguas del río. Otros tan sólo se sentaban en la sombra de algún árbol, para resguardarse del bochorno. Alguna pareja de enamorados se camuflaba entre matorrales para

manifestar su amor sin que nadie los pudiera juzgar. Aunque aquello era una complicada tarea. Y más en una tarde, como aquella, que muchos habían concurrido junto a la orilla para disfrutar de la tarde. Lo que hacía meramente imposible pasar inadvertido.

De repente un repiqueteo de cascos, alertó a todos los presentes de la llegada de varios equinos, acercándose por la ribera a trote lento y sosegado. Pudieron divisar a la cabeza la figura de su buen rey, pues así era llamado, aunque su verdadero nombre fuera Ríoghnán. Su benevolencia, su sabiduría y su modestia eran tan sólo unas de las pocas virtudes que el rey de Ecromia poseía. Todos adoraban la figura patriarcal que le caracterizaba, nunca miraba por debajo a nadie, ni siquiera al más humilde de los ciudadanos. Pues a su parecer, todas las personas merecían el mayor de los respetos. Y nadie merecía ser humillado o maltratado por no haber nacido en una cuna de seda y oro. Al contrario. Los más humildes eran los más trabajadores y si les brindaba su admiración y respeto, le servirían siempre fieles. Y con ello Ecromia no caería nunca en desgracia.

Aja se volteó cuando apenas la separaba un palmo del morro del corcel del rey. El equino relinchó y enseguida ladeó su enorme y blanca cabeza, para que Aja le hiciera los mimos que tanto le gustaban. Acarició con delicadeza sus crines y sonrió.

—¡Persibas!, me haces cosquillas, me temo que hoy no tengo tu zanahoria. —Y el caballo la miró con cara de lástima, como si entendiera a la perfección, que ese día no tendría la recompensa deseada—. Pero tengo un trozo de esta pequeña manzana…, —a lo que el caballo respondió con un alegre resoplido.

—Buenas tardes, Aja. ¿Has disfrutado de un buen día? —se oyó la voz del rey, dulce y serena—. ¿Cómo ha ido la recolecta de hoy? ¿Han nacido ya mis preciadas flores de sol?

—Buenas tardes majestad, un día un poco ajetreado a decir verdad. Las flores de sol, empiezan a brotar en la ladera de la montaña, creo que este año tendremos buena cosecha pues he visto muchos brotes en

pleno crecimiento —dijo Aja cogiendo las riendas del caballo del rey, y siguiendo sus pasos, acompañando su corto paseo.

—Estupendo Aja, sabes que mis malogradas rodillas no pueden pasar sin ese maravilloso brebaje tuyo. Tu sabiduría sobre esas flores, hacen de este rey, tu más humilde servidor.

—Muchas gracias majestad, siempre a vuestro servicio. —Y haciendo una leve reverencia con su cabeza, soltó las riendas de Persibas para que el rey prosiguiera con su itinerario.

Se apartó del camino. Tras sus pasos le seguían la corpulenta y amable consejera Savanda. La mano derecha y gran amiga de su majestad y su mayor aliada a la hora de gobernar Ecromia. Y su fiel capitán Astor; un imponente y enorme guardia real que se encargaba fielmente de la protección del rey. Tanto él como Savanda llevaban muchos años al servicio del buen rey, eran muy buenas personas y tenían la total y absoluta confianza del monarca.

Al sobrepasarla, la sonrieron desde lo más alto de sus monturas, y con un cordial saludo de sus regias manos. Siguieron al rey sin pararse a parlotear.

Aja siempre sospechó que entre el capitán y Savanda había más de lo que mostraban. Pues más de una vez, había atisbado, en sus miradas un candoroso pero mitigado brillo, que hacía pensar a la muchacha, que aquel par, se profesaba más que una afectuosa y cordial amistad. Tal vez engañaban a todos con su aparente indiferencia pero, Aja, avispada como era, sabía que en sus corazones habitaba algo más que un mero respeto y admiración.

Se giró Aja sobre sus pasos, y con paso lento pero firme, puso camino de vuelta. El sol empezaba a caer y pronto la luna iluminaría con esplendor las tierras de Ecromia, seguida por otros caminantes puso fin a su paseo. Traspasó el puente que llevaba por la vía del sur. Y ascendiendo por la colina llegó al umbral de su morada, decidió sentarse en el banco, y contemplar como el sol se acallaba en la lejanía tras la cordillera oeste.